

CAPITULO XXVII.

Memorable sitio de México.

Cuando efectuada esta medida, vió Cortés encerrados en su misma capital á los orgullosos aztecas y aislados de todos los pueblos que los pudieran auxiliar, creyó que bastaba un ligero impulso de su parte, para derrumbar aquel trono, el mas poderoso del Nuevo-Mundo; pero un año de continuas luchas con aquella belicosa y denodada nacion, no habia bastado á darle á conocer el carácter indomable de sus contrarios: pues estos semejantes á una fiera cuando se acosa por el cazador, léjos de intimidarse en vista del peligro, crecia mas su furor cuanto mayor era éste; y como si presintieran el destino que se les preparaba con los terribles extranjeros, combatieron con un denodado esfuerzo, que es un glorioso ejemplo de las virtudes cívicas que poseian en alto grado aquellos desgraciados mexicanos.

Cortés quizo al dia siguiente de cerrado el sitio, hacer una entrada en la capital, para lo cual se puso en marcha con mas de quinientos españoles y ochenta mil aliados, quedando el resto con la caballería para cuidar del campamento: y al mismo tiempo debian hacer igual operacion Alvarado y Sandoval con sus respectivos ejércitos. Marchó Cortes con su numeroso ejército ordenado en forma de batalla, hasta llegar á un ancho foso defendido por innumerables guerreros resguardados tras una fuerte trinchera de piedra: aquí se defendieron valerosamente los mexicanos, porque mientras sus tiros hacian gran daño á los asaltantes, el fuego de estos era rechazado por las piedras de la trinchera. Viendo el general

la imposibilidad de forzar este paso, hizo avanzar dos bergantines por sus flancos y cuando hubieron enfilado el atrincheramento de los indios, rompieron un encontrado fuego que pronto los puso en desórden y los obligó á huir. Entonces avanzó el ejército y pasando el canal unos á nado y otros con el ausilio de los mismos bergantines, persiguieron á los mexicanos hasta la ciudad, donde se parapetaron en otra trinchera, al mismo tiempo que fueron reforzados por mas tropas, que acudian al lugar del combate, con aquel espantable grito de guerra, que hacia hasta estremecer la tierra y helar de temor el corazon del soldado castellano: aquí no pudieron ya obrar los bergantines, como en el fuerte anterior; pero con el nutrido fuego de los mosquetes, lograron replegar el ejército azteca hasta otra nueva trinchera que se levantaba en la calle, siguiendo así este difícil quanto peligroso combate hasta ponerse al frente de la plaza principal que estaba llena de gente, alentada al brio de la batalla con la presencia de su teocalli donde veneraban sus mas queridas divinidades.

El ejército habia suspendido su marcha atemorizado con aquel numeroso concurso; mas llegando Cortés y viendo la irresolucion de sus soldados, fué el primero en avalanzarse sobre el enemigo dando su voz favorita de Santiago, con cuyo estímulo hicieron tal empuje las tropas, ayudadas tambien por el fuego de un cañon, que los aztecas no pudieron resistir y se refugiaron en las alturas del *teocalli* donde algunos sacerdotes manchados con la sangre de las víctimas, cantaban himnos en honor de los dioses y exhortaban al pueblo á pelear con denuedo. Los españoles penetraron las puertas del muro de las serpientes que circundaba el gran templo, y subiendo algunos hasta el atrio superior, precipitaron de su altura á los sanguinarios ministros de Huizilopochtli, cuya imágen volvieron á ver en su abominable santua-

rio, derrumbándola por segunda vez, despues de despojarla de las jollas con que la habian adornado.

Este acto, que los mexicanos juzgaban la mas sacrilega profanacion y por lo mismo el mayor ultraje, los alentó de tal manera, que volvieron al combate con increíble furor, y en su impetuoso empuje arrojaron á los españoles obligándolos á retirarse en desórden y abandonar el cañon que hasta allí habian podido conducir. Durante toda esta batalla, un crecido número de los ausiliares, se habia destinado á demoler algunas casas y terraplenar los fosos que les fueron tomados á los de la plaza: así es, que la caballería pudo hallar paso hasta el centro de la ciudad, precisamente en los momentos, que se veian obligados á huir en desórden los que habian penetrado primero; y aunque la partida de ginetes era muy corta, fué bastante para desordenar la multitud de los mexicanos, por el horror que les inspiraba la sola presencia de un caballo. Recobraron el cañon perdido y dieron lugar á que el ejército recobrara el órden; mas por estar próxima la entrada de la noche, se retiró Cortés, contentándose por ese dia con los estragos que habian sufrido los sitiados, así por su línea como por las de Sandoval y Alvarado, haciendo que en la retirada, fueran quemadas las casas inmediatas á su camino. [1]

Esta atrevida entrada á la ciudad, aunque ocasionó graves pérdidas á los sitiadores, no dejó de serles muy fecunda en favorables resultados, pues con ella no solo se horrorizaron los sitiados, sino que los pueblos inmediatos, temerosos de los españoles, se apresuraron á ofrecer su alianza, que fué de grande interes para los conquistadores.

El primero que llevó su socorro al campo de Cortés,

[1] Terc. cart. de Cortes pag. 250 Herrera dec. 3 lib 1º cap. 18.

fué el rey de Tezcoco, mandando un ejército de 50 mil hombres al mando de su hermano, cuyo príncipe tomó en el bautismo el nombre de D. Carlos Ixtlilxsohtl. [2] Este ejército fué dividido en los tres campamentos reservándose el general veinte mil hombres al mando de su ilustre gefe y distribuyendo el resto en los campos de Sandoval y Alvarado. Tambien recibió los recursos de las ciudades de Xochimilco, Mexicaltzinco Colhuacan, Huitzilopochtlo y Cuitlahuac, quienes lo auxiliaron con tropas, mas de tres mil canoas y los operarios y materiales para construir casas en su campamento, donde sus soldados pudieran ponerse al abrigo de las lluvias que ya los molestaban demasiado. [3] Para hacer mas completo el asedio, mandó seis bergantines por la parte de Tlacopan y Tepeyacac, para que auxiliasen á Sandoval y Alvarado en sus operaciones cuidando al mismo tiempo de que por agua no entrasen refuerzos á la capital. Con esto y el gran número de fuerzas que se le habian unido, se creyó bastante fuerte para dar otro asalto y dió sus órdenes para verificarlo dentro de tres dias. El dia señalado, marchó con trescientos infantes, la mayor parte de la caballería, una gran multitud de aliados y siete bergantines: conforme avanzaban, se encontraban con los fosos abiertos, las trincheras levantadas y los enemigos tan preparados á la defensa, como si nada hubieran sufrido. A pesar de esto, abriéndose brecha con los cañones, volvieron á destruir y tomar las fortificaciones reparadas y así continuaron hasta la plaza mayor, donde Cortés mandó hacer alto: y allí dió órden de que se volvieran á nivelar los fosos, y se incendiaron algunos edificios, entre los cuales se contaron el palacio de Axayacatl que le habia servido de cuartel, y la casa de Aves

(2) Clavijero tom. 2.º pag. 160.—3. Terc. cart. de Cortés pag. 260. Clavijero tom. cit. pág. 163.

de Moctezhuma. Estos edificios aunque eran de piedra, tenían en el interior gran cantidad de madera y carrizos, objetos tan combustibles, que en un momento se cejó en ellos el voraz elemento arrojado por los sitiadores, y en un momento la gran metrópoli india, fué cubierta con una densa nube de humo; cuya tenebrosa sombra parecía eclipsar aquel brillo de sus glorias que habían pasado. Los aztecas irritados hasta el extremo con el esterminio de aquellos edificios que al mismo tiempo de embellecer su capital, los consideraba como preciosos monumentos de la grandeza de sus mayores, salían de las casas donde se habían refugiado y como si enardeciera sus bravos corazones, el fuego que en una colosal columna se elevaba en el centro de la reina de los lagos, atacaron con ciego furor á los españoles y sus aborrecidos aliados, yendo á recibir gustosos la muerte, con solo tener el placer de dar aunque fuera un golpe á sus contrarios.

Esta jornada habia costado ya mucha sangre al ejército sitiador y la fatiga habia sido casi superior á sus fuerzas, para que pudieran sostener en aquella hora una lucha tan encarnizada: de modo, que el general dispuso la retirada á su campamento, siendo en toda ella molestado terriblemente por los mexicanos que no cesaron de saciar su furor en la retaguardia de sus enemigos. Este mismo ataque habían dado Alvarado y Sandoval por sus respectivas líneas, haciendo tambien grandes estragos en la ciudad sitiada, pero mas que esto, enfurecía á los mexicanos, verse insultados por aquellos pueblos que jamas se habían atrevido á pisar las puertas de su capital; y en esta vez, á la sombra de las armas y la disciplina castellanas, se habían cebado como rabiosos perros en su sangre, preparándose un rico festin con los miembros de los guerreros, que habían muerto en defensa de sus derechos.

Al dia siguiente ordenó Cortés otro asalto, para no dar tiempo á los enemigos, que repararan los perjuicios que se les habían hecho, pero con sorpresa encontraron los mismos obstáculos de siempre, pues los canales estaban abiertos, los atrincheramientos reconstruidos y los soldados en tal actitud de defensa, como si la devastacion que sufría aquel infortunado pueblo, no hubiera servido sino para aumentar el número de los guerreros y acrecentar el brío con que defendían su causa. El emperador azteca, sin embargo de su temprana edad, dió pruebas de una madura esperiencia, de un singular heroismo y de bastante pericia militar, propia de los paises civilizados. Todo el dia ocupó el general para andar el mismo camino del dia anterior y volviendo en la tarde á sus cuarteles, á la mañana siguiente se hallaba en el mismo estado, sin mas fruto que la fatiga de los soldados y derramar torrentes de sangre. Así estuvo algunos dias, pero segun él mismo dice, los españoles no eran bastantes para conservar los puntos tomados al enemigo, á los aliados no podia fiárseles esta mision, ni podia acampar dentro de la misma ciudad, porque el fuerte de Xoloc, donde tenia sus cuarteles, era una posicion superior como puesto de observacion y para cuidar que por los lagos no recibieran auxilio alguno los sitiados. [4]

Alvarado y Sandoval repetían tambien estos ataques todos los dias; pero ellos no abandonaban todas las posiciones tomadas al enemigo, sino que en la noche situaban en el foso mas inmediato á la capital un destacamento de cuarenta hombres, que se iba relevando en la noche hasta dos veces, y cuando consideraban mayor el peligro, toda la division quedaba allí descansando sobre

(4) Cart. terc. pág. 259.

las armas y dispuesta para el combate. Un dia, sabiendo que la mayor fuerza estaba en Tlaltelolco y que aun el rey habia fijado allí su residencia, quiso dirigir á este punto sus operaciones, marchando de un templo del camino de Tlacopan, que habia podido conservar, á pesar de los repetidos y furiosos ataques de los enemigos. Este combate fué muy reñido y sostenido valerosamente por ambas partes, sin que Alvarado pudiera llegar hasta el punto que se habia propuesto: y cuando por la tenaz resistencia de los mexicanos, se vió obligado á retirarse, encontró con un foso que descuidó mandar terraplenar y no pudiendo pasarlo sino cen grandes dificultades, sufrieron mucha pérdida los aliados y quedaron prisioneros cuatro españoles, que en el mismo acto fueron sacrificados en el templo mayor de Tlaltelolco, aun á vista del mismo Alvarado. Cortés se disgustó sobre manera por la negligencia de Alvarado en mandar rellenar el puente donde sufrieron mayor destrozo, y aun pasó á su campo resuelto á reprenderle severamente por no haber cumplido sus órdenes en esta parte; pero informado despues de la bizarría con que se condujo en tan peligrosa refriega, se limitó á encarecerle amistosamente, la necesidad de no avanzar nunca un paso, sin dejar espedito el camino para la retirada, y estar siempre prevenidos contra la astucia y actividad de los mexicanos.

Mas de veinte dias estuvieron los españoles, haciendo estas entradas á la capital, con gran fatiga de la tropa por aquellos sangrientos y encarnizados combates, y sin sacar fruto para el objeto que se proponia el general, pues en la noche perdía el terreno que lograba avanzar en el dia. Los soldados casi todos habian recibido algunas heridas y sufrían extraordinariamente con las incessantes lluvias de la estacion, no menos que con la vigilancia continua á que estaban sujetos, pues tambien los aztecas sin limitarse á una pasiva defensa, empre-

dian serios ataques al campo sitiador, generalizándose á veces hasta los tres campos en que estaba dividido el ejército. Esta violenta situacion de la que parecia no sacarse fruto, resolvió á varios de los españoles á representar á Cortés la necesidad que habia de salir de ella, para lo cual proponian, mover todas las fuerzas hasta llegar á Tlaltelolco, aventurando en el éxito de una accion ó esterminar á los mexicanos ó precipitarlos á rendirse. Esta proposicion, fué hecha por Julian de Alderete, hombre de reconocido talento, y que á sus buenos servicios prestados en toda la campaña, unia su elevada posicion, pues habia sido despachado por el gobierno de las islas como tesorero real.

Cortés creia muy aventurado este modo de proceder, y reuniendo en consejo á sus oficiales, manifestó las razones que habia en contra y con los argumentos que halló mas eficaces, trató de disuadir á sus subordinados de aquella tan arriesgada empresa; pero los grandes padecimientos á que estaban sujetos, aguijoneaba á todos para buscar un pronto término, que parecia el mas fácil, el que aconsejaba el tesorero del rey. El general aunque con disgusto, tuvo que ceder á la opinion general, por mas que le pareciera importuna: y designando dia para este ataque, ordenó á Sandoval, hiciese emboscar su caballería, marchando con el resto de la fuerza á incorporarse con Alvarado, para que creyendo los indios que hacian una retirada, se alentarán á salir y pudiera atacarlos por la retaguardia. Le mandó tambien avanzar, cubriendo sus flancos con seis bergantines, hasta el gran foso en que dias antes habia sufrido Alvarado el descalabro, cuidando de no dar un paso adelante, sin dejar tapados y apisonados aquel foso y cuantos mas hubiese en el camino, para no dejar á su espalda, ninguna cosa que pudiera embarazar la marcha del ejército, ni entorpecer cualquier retirada en caso necesario.

El día señalado, se dijo la misa en el campo cristiano, oyéndola los españoles con fervorosa devoción y los aliados indios, viendo las augustas ceremonias, en medio del mayor respeto y el asombro que les causaba la magestad de las ceremonias cristianas. [5] Después de celebrado el Santo Sacrificio, marchó Cortés con toda su infantería, veinticinco caballos y como cien mil aliados, apoyando los flancos de su ejército en los siete vergantines que había reservado consigo y mas de tres mil barcas auxiliares. Casi no encontró oposición alguna y pudo entrar en las primeras calles de la ciudad: y para que la misma multitud no embarazara los movimientos del ejército y fuera el ataque mas general, dividió la tropa en tres secciones, dando el mando de una al mismo Julian de Alderete autor de aquel plan, el cual debía seguir por la misma calle, que era ancha y proporcionada para todas las maniobras; la segunda que debería atacar por una de las calles laterales, la confió al mando de los capitanes Tapia y Jorge Alvarado, hermano de D. Pedro; y él se reservó la tercera, que debería marchar por otra calle contigua muy estrecha y por lo mismo la mas peligrosa.

Estos tres cuerpos tomaron á la vez sus respectivos caminos, peleando todos con el arrojo del que hace un último esfuerzo para poner término á una situación tan desesperada: á este impetuoso movimiento cooperaban las canoas auxiliares que habían podido penetrar por la acequia; y los feroces tlaxcaltecas, trepando por las casas y pasando de una á otra, hacían dentro de ellas todo el daño que podían, dando muerte á los enemigos que encontraban defendiendo las azoteas y esparciendo el fuego por los inflamables edificios. Los mexicanos, que aunque superados por los españoles en la disciplina militar,

(4) Terc. cart. de Cortés pag. 226.

no lo eran en las estrategias y astucia, hicieron de pronto un impulso para contener la impetuosidad de sus contrarios; pero conociendo cual era el designio de éstos y el ciego furor con que se entregaban al combate, se fueron replegando al centro, con esperanza de atraer á los españoles y cojerlos en los lazos que debían quedar puestos á sus espaldas. Cortés lejos de alegrarse de la facilidad con que la victoria se iba inclinando hácia ellos, receló de aquella conducta y mandó hacer alto á su ejército, para observar si quedaba algun riesgo á su retaguardia: en estos momentos recibió parte de Alderete, de estar ya muy pronto á penetrar en la gran plaza del mercado; y avivándose su sospecha, se imaginó que el fogoso tesorero deslumbrado con el falso brillo de una aparente victoria, no habría cuidado de tapar los fosos que hubiera encontrado á su paso, principalmente un ancho canal que atravesaba la gran calle y con la cual comunicaban las dos acequias de los dos lados del camino. La sospecha del general había salido demasiado cierta: los españoles se disputaban á porfía el mayor avance en el camino que iban encontrando sembrado de laureles; y aunque Alderete dió orden de tapar todas las cortaduras, ninguno se quiso detener en esa ocupación que creía rebajaba su dignidad de caballeros, y en confuso tropel avanzaron, logrando algunos penetrar hasta la gran plaza. Entonces los sacerdotes del dios Painalton, hicieron resonar la formidable trompeta, que solo se tocaba en los momentos de una grave urgencia pública, cuyo solemne sonido obligaba á todo el pueblo á salir y conjurar la tempestad que les amenazaba. A esta sagrada señal, todo el pueblo se puso sobre las armas y en un momento, como si algun secreto influjo hubiera enfurecido á los aztecas, se volvieron sobre sus perseguidores con tal furor, que en un momento los obligaron á retroceder, presentando aquella

confusa multitud, una mezcla de todos aquellos pueblos, donde se blandian las espadas, las masas y las lanzas, y allí se herian sin distincion y sin reconocer la mano que descargaba el golpe fatal. Aquel sordo rumor del estrago de las armas y los penetrantes ahullidos de los aztecas que como fieras hambrientas se precipitaban sobre su presa, hicieron conocer á Cortés toda la magnitud de las consecuencias que traia consigo el lamentable descuido de Alderete y aun creció mas su afliccion hasta dejarla conocer en la mutacion de su semblante, cuando por las azoteas inmediatas se presentaron algunos mexicanos arrojando en su presencia unas cabezas ensangrentadas de los españoles que habian sido ya víctimas en aquella infausta jornada, gritando "Sandoval" "Touatiuh," nombre que era bien sabido de todos, se acomodaba siempre al capitán Alvarado, por el color rojo de su pelo. Cortés no dudó de que hubieran tenido un fin trágico en manos de los furiosos aztecas, sus dos capitanes mas queridos, y la impresion que causó en su ánimo tan funesto acontecimiento, lo hizo tener como cierta su ruina, con la de todos sus paisanos; mas sin embargo, esforzaba su voz cuanto podia, para ordenar aquella desarreglada muchedumbre, que huyendo de la encarnizada persecucion de los mexicanos, se movia como las aguas de una impetuosa avenida, ahogando entre su fuerte clamoreo, las palabras de su general, que eran impotentes para hacerse escuchar en aquellos momentos de tan solemne confusion.

Los primeros que llegaban al ancho foso, en cuyo lado opuesto estaba el general, ciegos con su precipitada fuga, no advertian el peligro y caian en las aguas del canal: unos podian á nado salvarse, otros quedaban sumergidos en el fondo, muchos hallaron paso por sobre los cadáveres de sus compañeros y algunos despues de tener la fortuna de llegar á la orilla opuesta, tenian que caer agobiados bajo el

diluvio de flechas y armas arrojadas, que los guerreros de las canoas aglomeradas en aquel punto, añadian á los horrores de la derrota. Durante esta horrorosa escena, Cortés se esforzaba en ausiliar á sus desgraciados compañeros, estendiendo sus brazos para librar á muchos que moribundos se rebuian en la superficie agitada de las aguas y luchaba con heróica constancia para escapár á otros de las feroces garras de los enemigos, que se empeñaban en hacer prisioneros para ofrecerlos en sacrificio á los dioses, preparándose despues el abominable convite con los hombres de las carnes blancas.

Como la persona del general les era tan conocida á los mexicanos, pronto lo reconocieron en aquella desordenada lucha, y al grito que se alzó entre los guerreros "Malinche" "Malinche," se arrojaron sobre él algunos de los mas esforzados, haciendo grandes empeños para llevarlo á su canoa: en esta ocasion estuvo Cortés aun mas expuesto que nunca á perder la vida, con lo cual México se habria visto libre de la conquista; pero los supersticiosos aztecas no tenian tanto placer en quitar la vida al gefe de sus enemigos, como en ofrecer á sus dioses el sacrificio de aquella ilustre víctima. Cortés luchaba con la tenacidad de un desesperado para salvarse del horrible destino que le esperaba: habia recibido una herida en una pierna: sus esfuerzos eran estériles para escapar de sus enemigos; y parecia ya que toda esperanza huia de su presencia, cuando se presentó en su socorro un valiente soldado Cristóbal de Olea, precipitándose con tal furor, sobre los aztecas en vista del peligro de su general, que de un sablazo cortó el brazo del robusto azteca que lo llevaba. Este magnanimo defensor del conquistador, pagó muy caro su generoso denuedo, pues arrojándose sobre él los enemigos, pronto lo hicieron caer herido al lado de su general, exhalando en breve el último suspiro. Pero ya en estos mo-

mentos habia llegado á las filas de los fugitivos la noticia del peligro á que estaba espuesto el general, y pronto vinieron en su defensa, el príncipe tezcucano D. Carlos Ixtlilxochitl, un tlaxcalés llamado Temacatzin, y Quiñones el gefe de su guardia privada, con otros varios, los cuales lo sacaron del agua, donde luchaban para colocarlo en la canoa; y en los brazos de sus libertadores, fué quitado del canal y puesto sobre la calzada. Entonces su page Guzman se presentó con un caballo, y mientras montaban á su general, él fué arrebatado para aumentar las víctimas de los sacrificios. Quiñones guió entonces el caballo por la brida, y logró Cortés verse fuera del mayor conflicto en que estuvo su vida. (6)

Al fin aunque tenazmente perseguidos los restos del ejército de Cortés, pudieron llegar á su campamento, protegidos por el resto de la caballería que estaba de refresco por no haber tomado parte en el combate. La pérdida de Cortés fué grande en esta ocasion, atendiendo á las circunstancias en que se hallaba, pues casi no habia uno que no sufriera algunas heridas y á mas de los muchos muertos que hubo, cayeron prisioneros sesenta españoles, perdiendo tambien siete caballos y dos cañones, pérdida irreparable en aquella vez.

Alvarado y Sandoval, concurren al asalto segun las órdenes del general: habian ya penetrado hasta muy cerca de la plaza del mercado, cuando por las calles inmediatas se oyeron los gritos de sus compañeros, que anunciaban el triunfo adquirido sobre la plaza, y para que no les arrebataran los laureles que á ellos debian pertenecer en la victoria, avivaron el combate con el mayor esfuerzo y estaban ya muy próximos á penetrar al mercado, cuando se dió aquel terrible toque de la corneta de Painalton,

(6) Terc. cart. de Cortés, pág. 268. Bernal Diaz, cap 152. Torquemada, momarq. ind. lib. 4.º cap. 94. Clavigero, tom. 2.º págs. 165, 166 y 167.

que por muchos años despues, reproducia aun el terror en los espantados oídos de Bernal Diaz, al cual siguieron los ahullidos de los guerreros, rumor que se fué alejando hasta perderse, y eso les hizo concebir á los capitanes, serios temores de una derrota sobre las fuerzas de su general: y aun sostenian el combate con la misma bizzarria, cuando los aztecas vencedores, volvieron á engrosar las filas de los que peleaban con los capitanes, arrojándoles á las filas dos cabezas de españoles, gritando con extraordinario júbilo "Malinche" "Malinche." Este horroroso espectáculo, impresionó de tal modo á los esforzados capitanes, que ya creyeron haber muerto el general con todos sus compañeros, y no pudiendo en tal caso sostener por mas tiempo la peligrosa posicion en que se hallaban, ordenaron la retirada.

Al llegar á sus campamentos, los fuegos de los bergantines, pudieron contener á los enfurecidos batallones aztecas: todos estaban con gran ansiedad por saber el resultado final de las fuerzas del general, cuando llegó al campo el capitan Tapia, mandado por el mismo Cortés para informar á sus capitanes, hasta qué grado llegó el descalabro que habia sufrido su division. Especialmente Sandoval estaba mas ansioso de saber todo lo ocurrido, para normar sus ulteriores operaciones, y como Tapia llegó á su campo moribundo por las heridas que habia recibido en su camino, le faltaba esfuerzo para expresar todos los pormenores de la catástrofe, por lo que, se determinó Sandoval ir en persona á recibir el informe que tanto deseaba. Montó en su mejor caballo y aunque con dificultad, llegó á los cuarteles de Cortés: este gefe, queria sobreponerse á los cuidados de su desgracia; pero la pena que oprimia su corazon era tan grande, que no dejaba de revelarse en su semblante. Sandoval le preguntó la causa de aquel lamentable desas-

tre, y el abatido animo del general, le espresó la amargura de su situacion en esta lacónica respuesta. “Por mis pecados me ha sucedido esta desgracia, dijo Sandoval.” Despues entró el general en una conversacion con su querido teniente, en la que le manifestó la resolucion de suspender algunos dias la actividad de las operaciones, y por estar su salud bien quebrantada por las heridas y fatigas, le encargó hacer sus veces para cuidar del esacto cumplimiento de sus órdenes en los tres campos, particularmente en el de Alvarado, pues aunque confiaba mucho en el valor y bizarría de este gefe, tenia demasiados motivos para temer de su falta de prudencia, tanto mas cuanto era mayor la astusia de los mexicanos. (7)

CAPITULO XXVIII.

Sacrificio de los prisioneros: desercion de los aliados: combate de los bergantines: estragos del hambre en la ciudad: heroica resolucion de los mexicanos.

Cuando Sandoval volvia á su campo, la tarde habia avanzado bastante: el cielo estaba sereno, y el sol que lentamente caminaba á reflejarse en su ocaso, esparcia una suave claridad sobre la gran Tenoxtitlan, que por la inmediacion al campamento español, dejaba ver en toda su horrorosa deformidad, las escenas de que era teatro, merced á la diáfana y trasparente atmósfera de aquella tranquila tarde. Lo apacible de aquella hora no correspondia á la agitacion que en la mañana resonó en la capital de los aztecas, derramándose á torrentes la sangre en el furioso

(7) Bernal Diaz, cap. 152.

combate á que sitiados y sitiadores se entregaron en las calles de la metrópoli: los asaltantes exhaustos de fuerza por la sangre que perdieron con las heridas y las fatigas de la lucha, necesitaban reposo para recobrar su vigor y curar el quebranto de sus ánimos abatidos, así por el fatal resultado de aquel temerario asalto, como por la pérdida de tantos compañeros: los mexicanos por el contrario, con aquel espléndido triunfo, olvidaban las penalidades de sus vigiliass y de aquella encarnizada lucha, sostenida con tan heroica constancia por tantos dias; y si en aquel momento no salian á combatir á sus desmoralizados enemigos, era porque un deber religioso los llamaba á un acto tan bárbaro para los cristianos, cuanto agradable y solemne para aquellos supersticiosos espíritus.

En medio de la calma de la tarde, toda la ciudad y hasta los confines del valle se estremecieron, á los lúgubres acentos del “teponaxtli” colocado en el gran “teocalli” del dios de la guerra: aquel ronco instrumento, que segun el veterano Diaz, era “un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumentos de demonios,” (1) resonó en los oidos de los españoles, aumentando la angustia de sus destrozados corazones, con las voces tétricas que traian á su imaginacion las pavorosas escenas de la noche triste, única vez que lo habian oido. Sabian que aquel instrumento estaba destinado para convocar con sus fúnebres vibraciones á algun acto solemne de religion en el abominable santuario de la sanguinaria divinidad de los aztecas: y todos los soldados salieron de sus tiendas sobrecogidos de espanto, para dirigir sus vacilantes miradas, hácia la gran columna, de donde se hacian escuchar las tristes voces del gran teponaxtli. Los cuarteles de Alvarado estaban á una distancia tan corta de la ciudad que con el ausilio

(1) Hist. de la conq. cap. 152.